

31. MAY. 1925

BUEN HUMOR

40 CÉNTIMOS



Dib. BARBERO.—Madrid.

—¿Qué os ha parecido Margot?

—Te diré con franqueza: Debe tener sesenta años, aunque representa cincuenta; ella se figura que está en los cuarenta; se viste y se adorna como si tuviera treinta, y coquetea como si solamente contase veinte.

Ayuntamiento de Madrid



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

SECCION RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por DIEGO MARSILLA

CUPÓN

correspondiente al núm. 153 de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo irabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

25.—Nombre de mujer.

VIRTUD
FLOR
VOCAL

26.—Para el vino.

Señora nombre de mujer

27.—No está mal... con abrigo.

O
CAPITÁN
TENIENTE
ALFEREZ

Concurso de pasatiempos de marzo

Verificado el sorteo en la fecha señalada a presencia de varios pierdientistas, resultaron agraciados los señores siguientes:

PRIMER PREMIO.—Doña Concha Rodríguez Santander. Un artístico portátil para.

SEGUNDO PREMIO.—D. José Antonio Meca, Lorca. Un precioso pisapapeles. TERCER PREMIO.—Doña Dolores Naranjo, Portugalete. Un monedero de piel.

Los agraciados podrán recoger sus premios en esta Administración, precisamente, cualquier día laborable, de cuatro a ocho de la tarde.



SOMBREROS
BRAVE
MONTERA • 6

28.—Lo que quiere el ansioso.



MEDINACELI
ALBA

Concurso de pasatiempos de abril

Soluciones

1. Paraguayos.—2. Escapular.—3. Cápua.—4. Dimas y Gestas.—5. Vomitivo.—6. Parodia.—7. Mamerto.—8. Saramiego.—9. Memorias a la familia.—10. Escatonda.—11. Mimedia Naranja.—12. Desposarlo.—13. Anagrama.—14. Calavera.—15. José, ojos, sopa, ex-u.—16. Cálco.—17. Tuntantes.—18. Engolosinado.—19. Artesano.

De las 14.019 soluciones recibidas sólo han resultado exactas las de los señores siguientes:

1. Carmencita Lafarga, San Sebas-

Cupón núm. 5

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de mayo.

29.—Parte de una ciencia.

NOMBRE TEMPLO

30.—Charada.

En esta prima segunda, cuarta segunda junto a la prima cuaria, prima agredir a nuestro amigo,

Si cuando le dejaron sujeto a una cuarta tercera segunda; fué una foda.

LOS

famosos

POLVOS INSECTICIDAS

DE

LEYER Y COMPAÑÍA

SON

infalibles para la destrucción de toda clase de insectos

rián.—2. Adeline Peyrona, San Sebastián.—3. Manuel García, Madrid.—4. José Luis Méndez, Madrid.—5. Antonio Peláez, Madrid.—6. Angelina Abaunza, San Sebastián.—7. Román Martín García, Madrid.—8. Manuel Noriega, Madrid.—9. Marichu Peyrona, San Sebastián.—10. Encarnación Orbea, Sestao.—11. José Pedro Ropero, Soria.—12. Juan Carrón, Madrid.—13. Mercedes Peyrona, San Sebastián.—14. Manuel F. Sánchez, Madrid.—15. Angeles González, Portugalete.—16. Marcos G. Manteca, Portugalete.

El sorteo de premios se verificará públicamente en nuestra Redacción (Plaza del Angel, 9), el día 2 del próximo junio, a las cinco de la tarde.



La mejor prueba

de la bondad del Agua de Colonia Añeja está en el enorme consumo que de ella se hace entre las personas que se dedican a los deportes.

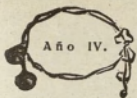
Acostúmbrese usted a friccionarse con Colonia Añeja después del ejercicio. Por su fuerza alcohólica y su pureza es el mejor tónico muscular. Refresca y reanima. Tonifica los nervios. Combate el cansancio. Compre usted hoy mismo un frasco en la primera perfumería, farmacia o droguería que encuentre.

AGUA DE COLONIA AÑEJA

Frasco, 2,50 - Litro, 15 ptas. en toda España.

El impuesto del Timbre a cargo del comprador.

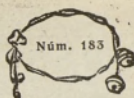
PERFUMERÍA GAL. - MADRID



BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

Madrid, 31 de mayo de 1925.



"¡SE HA CORTAO LA OREJA!" (NARRACIÓN VASCA)



NADA turbaba la placidez del correr del tiempo en la tranquila villa costera de Echegorrieta.

De vez en cuando, solamente, había algunos pujos de Cristóbal Colón en sus moradores, pero ninguno regresó a la costa de Echegorrieta con un Nuevo Mundo. (El «Euzkadi» o así, llevar solían no más.)

Vida quieta, quieta se tenían, pues. Bonitos de mar; merluzas de tierra; quinses de sagardú; porrusalda ..

II

Chumi fué el primer enterado y tiempo le faltó para comunicar la transcendental nueva a sus compañeros de chacolí.

—Gabón, merluzos, notisia grande os treigo; y grande que te es.

—¿Notisia grande te dises?

—Grande, grande.

—Adivinarle haré asiguida—respondió Hermenegildo apurando su quinsé bis—. Tamboril nuevo que se tiene el Alguasil será. ¿Sierio?

—¡Josús! Mucho mayor de grande te es la notisia.

—¿De Bilbao o así ya viene?—inquirió Moncho.

—¡En nel Del mismo villa nuestra.

—¡Ya harás hablar, ya! Dinos pronto qué sea—exclamaron con impaciente curiosidad.

—Agora sabrás: Josechu, el de Che Mari d-i «Sentro» a toriar deserrós disen que se va.

—¡Josús, Maria!...

III

En efecto, Josechu, el hijo del conserje del «Centro Instructivo» orientaba su vida hacia el arte de Cúchaves, considerándose con facultades más que suficientes, según sus reflexiones hechas

luego de ver alguna corrida en San Sebastián o Bilbao, con ocasión de sus, no frecuentes, viajes a dichas poblaciones, motivados por su representación de «salsones».

Todo fué inútil para torcer su descabellada idea (y nunca mejor empleada la palabra). Y ante su insistencia hubieron de ceder todos sus familiares.

IV

Cuando, luego del tiempo pasado desde la marcha de Josechu, la calma se adueñó nuevamente de Echegorrieta y con ella los bonitos de mar; las merluzas de tierra; los quinses de sagardú, porrusaldas... Cuando ya nadie más que sus allegados pensaban

en el «toriaador», llegó al «Centro Instructivo» y para el conserje José María Astigarraga, un papellito azul conteniendo lo siguiente: «Toreo en Vitoria por primera vez el domingo—Josechu.» La emoción fué grande.

Y conforme arribaban las embarcaciones con su carga plateada de sardifias, se enteraba a los que salieron a la mar, del próximo «debut» de Josechu.

V

Doble fiesta parecía haber en la villa aquel domingo. Durante todo el día hubo desfile de echegorrietanos por el Centro demandando noticias del descontentado éxito de Josechu en Vitoria. Allí marchó Che-Mari, el padre del «maestro» para comunicar en seguida el resultado. Y cuando ya el día se ocultaba, hizo su aparición el peatón portador, para la vieja del «Sentro», de otro papellito azulado. Este decía:

«Josechu se ha cortado una oreja. Gó' ver mañana haremos a Echegorrieta. Che-Mari.»

—¡Gora, Josechu!...

—¡Goraa!...

—Resibimiento grande hay que haser mañana.

—La gaita y el tamboril, y más el estandarte del Sentro hay que sacar a la carretera.

Y todos, todos a esperar en los iremos.

—¡Oreja y todo que se tiene! ¡Un trrriunfo!

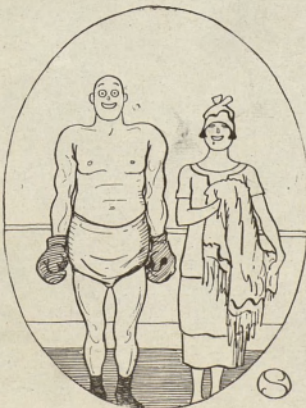
VI

VII

Josechu tardó en curar mucho tiempo.

Un especialista logró que aquella oreja izquierdas que se seccionó con el «estoque al tirare» desapavorido al callejón, la tarde de su primera actuación como «toriaador», quedara en su sitio.

ENILIO LÁZARO MUNIESA.



Dib. SILENO.—Madrid.

ATORTOLADA CONSORTE

¡DESCONFIA DEL DEPORTE!

Yo no niego el deporte. Ni le descubro. El deporte existe y negarle sería más ridículo que un urbano porrista y pitón.

El deporte existe. Y su consecuencia automática es el deportista.

No hay más que ver esa estación del Norte los domingos por la mañana. ¡Qué le «termos», poláines, morrales y «kiss». Cada par de «kiss» es un alpinista; cada excursionista es un morral.

Pero lo que yo digo es que bajo la capa vigorosa del deporte ocúltase cada sinvergüenza que desgraja.

Por ejemplo, Carlitos Madrugal, espeso de setenta y ocho kilos de inocencia, porque su obesa costilla es de una candidez de tórtola ursulina, es uno de los clásicos tipos en que epoxy mi teoría del deportista guadarrámico. Ella cree en el deporte de su marido como en la omnipotencia del Supremo de Guerra y Marina. Y resulta coronel de inválidos—pongo por in-

dúl—todo intento de abrirle los, ya de auyo, dilatados ojos.

—Mire usted, Carmencita, que en esas excursiones de Carlos, se encierra algún trapicheo...

—Vamos, cálese y no calumníe al pobrecito mío. Es un santo, un verdadero santo que no tiene otros amores que el mío y el de la sierra.

Y pierde el tiempo quien trate de convencerla de lo contrario.

—Escucha, Carmela—hubo de decir la hace poco una ínfima suya—. ¿Tú estás segura de que tu marido hace alpinismo los domingos?

—Claro que lo estoy. ¿Por qué lo dices?

—Porque me han asegurado que el otro día le vieron de juerga en un sifio no muy católico.

—Calumnia vil. Precisamente llegó a casa cansadísimo, cenó muy poco y se acostó en seguida. Y prueba plena de que pasó el día en la sierra fue que, apenas dormido, comenzó a soñar en

voz alta, diciendo: «¡Esa cuesta! ¡Esa cuesta! ¡Qué espanto! ¡Qué pesado es este morral! ¡No quiero más nieves!...»

—¿Eso decía?

—Eso. Me parece que el ángel mío no pudo tener una pesadilla más deportiva.

La amiga tuvo que rendirse a la evidencia y dejar a Carmencita confiada en la bondad y en el deportismo de su cónyuge, mientras éste, en la oficina, se mondaba a puñetazos con una camarada a quien el domingo último sorprendió en casa de Camorra con una tanguista a la que él sostenía.

¡Y cualquiera le decía a su mujer que en aquella bronca sangrienta que se desarrollaba en el negociado de Contabilidad del Catastro, estaba el secreto del «moral» (el amigo traidor), la «cuesta» (la de las Perdíces) y las «Nieves» (la tanguista) del deportivo sueño de su guadarramesco cónyuge!

FRANCISCO RAMOS DE CASTRO



EL CRIADO SOLÍCITO

Dib. BERGSTROM.—París.

Ayuntamiento de Madrid



BRINDIS

II

En el banquete al poeta Refulgente Pérez Rodríguez, con motivo de haber puesto la Biblia en verso.

Señoras y señores:

En nombre de las musas sólo pediros quiero que ya que habéis pagado mi plato al camarero, me permitáis que acabe. Sé que con mil amores esperaréis que os hable de la flor y del beso después que haya acabado esta ración de queso, que es queso verdadero, a pesar de ser bola.

En cuanto me termine este poco de vino, yo prometo cantaros lo humano y lo divino: el aire embalsamado, la luna, el mar, la ola, la brisa, el arroyuelo, las estrellas, las flores, el grillo, el rascacielos, los peces de colores... Yo cantaré, del campo, el redil y la oveja, el arado, y la reja, y la angosta calleja por donde va una vieja, y el sendero, y la venta, y, cuando juegue al tute, cantaré las cuarenta.

Yo cantaré del árbol, la corteza y el tronco; la raíz y la rama, la corteza y el tronco; porque yo amo la copa de manera rotunda; si es de pino, frondosa; si es de vino, profunda.

Dire versos sonoros hablando de Castilla. Diré que un escudero un alazán ensilla mientras un lindo paje, subido en una silla, provisto de una lima, la coraza cepilla del valiente guerrero don Gil López de Utrilla. De pronto, en lontananza, el terso acero brilla de su eterno enemigo el conde de Marsilla, que es fuerte como el mulo y ágil como la ardilla y que, puesto en la silla, jamás el golpe erró. Al verlo, el paje escapa con la faz amarilla detrás del escudero, que también se *las guilla*, mientras nuestro guerrero, que ruge, brama y chillaba porque con la celada las narices se pilla, del conde de Marsilla, que su nombre mancilla, promete hacer papilla, lo mismo que en Sevilla,

y en Lugo, y en Padilla, y en Jerez, y en Montilla, hizo con el gollia de ropilla y perilla que, enristre la cuchilla, el paso le cerró.

Si preferís que os diga el verso ultramoderno de imagen atrevida, sin ritmo ni medida, tal vez no me decidáis; pues temo que, perdida la paciencia, en seguida me mandaréis al cuerno, ya que no acertaríais a encontrar la belleza

en un verso muy largo y otro corto después diciendo que, al revés

de las gentes vulgares, véis panecillos grandes; que el vermú no es amargo;

que el mar es una artesa donde se echa a

el reflejo del cielo;

(La *colada* es del vate

que tanto disparate

nos dice, asegurando, serio como un jumento, que no nos toma el pelo.)

O que en la azul sandía de la noche es la luna la cala recién hecha;

O que las amapolas

de encarnadas corolas

son las fichas de a duro que en el verde tapete

diciendo: — ¡Eso, a color!

Pero no hay que asustarse, que antes hablaré en prosa que dejar que a mi musa delicada, amorosa, doliente, misteriosa, sencilla y ramorosa, pálida y ojerosa, se le ocurra tal cose.

Dejad, pues, que termine este yantar que os plugo dedicarme, y si a otro os empeñáis que asista, no volváis a ponerme en el menú besugo, que en seguida recuerdo que soy ateneísta y hacer el antropófago me molesta un horror.

Ya termino, señores. Perdonad este exceso de verborrea, impropio de un poeta silente... y ahora que se ha marchado la mitad de la gente, ¿me permitís que pida otra ración de queso?

GARRIDO



El chaleco es un invento precioso.

El chaleco nace después del taparrabos y antes de la chaqueta.

El primer virrey de la selva tuvo una especie de chaleco y aun no pensó en la casaca.

El chaleco es coraza contra la malevolencia, la envidia y la pulmonía.

El chaleco nos permite acercarnos al



foro de una discusión y en el chaleco sentimos la moneda del café, las monedas sueltas con las que podemos formarnos hasta una limonada.

En el chaleco queda una prestantia de chambelán y aun sentimos sus florecitas aunque ha sido destejido y tejido de nuevo cincuenta veces aquel chaleco florido.

El chaleco tiene ímpetus de enamorado y en el fondo de su bolsillo alto de la izquierda va el corazón exhibicionista en las declaraciones, dije con la reliquia que enseñar a las que no acaban de compadecerse.

El chaleco tiene el impulso más vigoroso del «¡Ya vamos!» cuando nos



llaman en el revuelo de hacer frente a una cuenta imperinente que nos hace poner en fuga al de la cuenta, convirtiéndole así en corcurrentista.

El chaleco tiene ánimo de chaleco. Salvavida tanto en caso de incendio cuando abrochamos su tercer ojal en el primer botón, como en caso de naufragio.

El chaleco defiende como un gran escupulario contra la tentación y la desgracia. Yo me lo pongo todos los

RAMONISMO

CHALECOS

días como tal prenda santificada, litúrgica, con el exhorcismo cierto entre el forro y la solapa.

Hay quien tiene numerosos chalecos en su guardarropa no sabiendo qué hacer con ellos, pues del uno se han anticuado los botones con su perrito dentro de un cristal, del otro, el tipo de la tela como tela de repostería; del otro las solapas como solapas a la bayoneta.

El que tiene muchos chalecos es explotado y arruinado por sus chalecos, pues en los bolsillos de todos ellos se queda alguna cantidad descuidada y a veces con disimulo de ladrón y reserva sospechosa con su reloj.

Los chalecos tienen días de su santo que sólo el muy ducho en chalecos



aabe apreciar acordándose de pronto de uno u otro chaleco, apareciéndosele vivo, con sus determinantes muy claras, exigiendo el que le lleven el chaleco del que es el día del santo.

Los chalecos largos devuelven su tipo de niño con traje talar al que los lleva. Su largura es como alma caída, arrastrada, que se va pisando el faldón.

Sin embargo, la moda ha impuesto los chalecos largos, camisolones, con los bolsillos como faltriqueras.

Los chalecos nunca han podido tener el proselitismo que merecerían. Gaudier usó aquel chaleco rojo que revelara siempre su juventud y maestría de capitán, pero su chaleco rojo no tuvo prosélitos. ¡Cuánto mejor hubiera sido eso que las camisas negras! Pero lo popular vence a lo arquitectural, que hubiera sido una secta de «Los chalecos rojos.»

Yo tengo un chaleco rojo pero apenas me lo puedo poner por las miradas furibundas que le lanzan las gentes habiendo algunos señores de esos que se ponen los lentes en la punta de la nariz que parecen irme a embestir con sus miradas bajas y de reñillón.

En el teatro es también objeto mi chaleco rojo de insistentes miradas de los gemelos que se le agarran como pulpos enconados y cuando se inicia alguna protesta contra la obra, todo el mundo mira a mi chaleco, como si supusiese una marcada ferocidad tener un chaleco rojo.

De todos modos el chaleco que más culdo contra la pollita es mi chaleco rojo y ahí le tengo, dispuesto, para



cualquier se inicie la pléyade de los chalecos rojos. Es como el morrión de mi abuelo ese chaleco rojo mío.

Hasta ha habido un momento que han triunfado los chalecos amarillos, amarillos canario como la nota agria que la elegancia hace sufrir al público en medio del resto armónico de sus detalles, ese todo agudo de flautín que creen conveniente intercalar en el concierto.

El hombre de los chalecos es el que está enterado de todo esto y guarda en su guardarropa los atributos de sus buenas noches.

A veces entra en su galería de chalecos y recuerda la noche en que usó el



chaleco malva y el estreno teatral a que asistió con el chaleco de rayas y aquellos días fríos de que vivió con el chaleco de ante y aquella novia a la que conquistó con el chaleco romántico de las grandes solapas en que reclinó como en la almohada ideal la cabeza de la amada...

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

(Ilustraciones del escritor.)

AL TRÉVÉS



Aquella tarde, Chuchita, estaba más alegre que de costumbre. Ella nunca había sido triste, su carácter era bastante alegre y desentrevuelto como convenía a una chica «bien» pero aquella tarde era para ella un poco excepcional. Un conjunto de circunstancias favorables habían venido a coincidir para que ella tuviera «plan», un plan como no había tenido durante toda la semana.

En primer lugar, había conseguido de mamá un precioso billete de cinco duros que le resolvía por el momento un grave problema. La noche antes le habían «pelado» en el Círculo todo lo que cobrara por un artículo en la revista *Azul y Rosa*.

Pudo comprar tabaco rubio aquella misma mañana y con un cigarrillo entre los labios miraba encantada la dorada claridad que entraba por el balcón en aquella tarde espléndida de enero. La primavera tocaba a su fin y el verano empezaba a anunciarse con una de sus tan acreditadas tardes.

Eso la tenía contenta porque era el primer día bueno y soleado después de cuatro mortales días de lluvias y tormentas; cuatro días inabecables y sobre todo, cuatro tardes horribles sin ver a Pepín, a su Pepín que con aquel endiabladísimo tiempo no le dejaban salir de casa. Cuatro tardes pasadas en el portal de la casa de enfrente esperando, esperando, hasta que el criado bajaba con el consabido recedito: «El señorito no puede salir hoy. Hace muy mal tiempo y su papá no quiere que salga con esta humedad» y seguidamente la carita cruzada y llena de ca-

riños y excusas y tras ella la mano extendida con un disimulo, clarísimo, el duro en esa mano y «Gracias Juan, mañana». Horrible, horrible.

Pero aquella tarde ya era otra cosa. El tiempo estaba «brutal» y Pepín le había escrito que saldría a las cinco. Había plan, un plan que la permitiera desquitarse de aquellos antipáticos días de abstinencia.

En la mesa del comedor sonaron cuatro estridentes campanadas. ¡Las cuatro aún! La espera se le iba haciendo larga y ya empezaba a ponerse nerviosa. Encendió otro cigarrillo, se levantó del reloj donde estaba sentada y se asomó al balcón. La portera y el portero discutían abajo. El portero lloraba. La portera había llegado al lecho conyugal bastante entrada la mañana y con una «tajada» muy aceptable. ¡Maldito vicio! ¡Oh, si él pudiera! Cerraría todas las tabernas a piedra y lodo. ¡En qué pensaban la Gobernadora, la Alcaldesa y las concejales?

Chuchita se retiró del balcón aburrida. La escena de los porteros era habitual y siempre la misma. ¡Qué falta de originalidad!

La mesa del comedor dió las cuatro y media. Ya era hora, Pepín estaría vistiéndose y aunque en eso tardaba lo suyo como todos los hombres, no convenía llegar tarde. Se despidió de papá que se quedaba en casa porque esperaba unas visitas y se lanzó a la calle.



A las cinco en punto Chuchita estaba plantada frente a casa de Pepín. Por poco no llega. Hubo de tomar un volquete-taxi y con eso de la circulación tuvieron que dar una de vueltas que estaba mareada. Después de bajar a las rondas subieron a la Dehesa de la Villa y de allí al Hipódromo pasando por los tejados del Banco de España, y por si era poco, al final les detuvo un numeroso grupo de gente que con su acompañamiento de guardias, jergado, etc., etc., eran la escena diaria de



Madrid. Un atropello. Un infortunado camión que había sido aplastado por un niño de seis años.

Pero ella ya estaba en su puesto. No así Pepín que seguramente no habría terminado de mirarse al espejo. Por fin a las cinco y veinte apareció Pepín, su Pepín, más guapo que nunca. Aquel día estrenaba un impermeable trinchera que le caía admirablemente. Estaba «bestial» todo lleno de manchas y lamparones. Pepín era muy hecha.

La feliz pareja, seguida de don Cosme, el caballero de compañía (el «fusil» como se le llamaba en el «targot» de la gente del andén izquierdo de la Castellana) tomó calle de Alcalá arriba. Chuchita no cabía en sí de gozo. ¡Cómo iba Pepín! Cómo debían enviarse su novio. Con aquellos ojos, aquel chic, aquellas hechuras, ¿no sería tal vez demasiado? Porque Chuchita observaba bastante molesta que no pasaba mujer de calor a treinta y cinco que no se comiese con los ojos a Pepín. ¡Qué procaz! Hasta las sesenta, viejas verdes sentadas a la puerta de los cafés le lanzaban cada mirada... ¡Con un descaro!...

Chuchita, nerviosa, apretó el paso. Llegaba a Pepín casi en volandas hasta el extremo de que el pobre don Cosme no podía seguirlos y se iba quedando rezagado. Pero no pudo durar mucho aquella carrera. Las calles estaban llenas. Qué aglomeración, qué apreturas. Los «chauffeurs» estratégicamente distribuidos, porra en mano, eran imponentes para resistir la circulación de guardias. Después de pasar

SINCERAMENTE...



—¿Deben —pregunta Morales— las damas de condiciones servir cargos oficiales lo mismo que los varones?—

Yo contesto siempre a todo, y hoy le voy a responder de sencillo y breve modo, como Dios me dé a entender:

Si hay hembras de más talento y de más actividad que algunos hombres, me siento inclinado de verdad

a opinar que las mujeres debían intervenir en los públicos *quehaceres*, pues teniendo que reunir

las citadas condiciones quien un cargo ha de ejercer, el sexo en estas cuestiones no tiene nada que ver.

Que un director general se llame Antón o Francisca y vista de Cardenal, o de maja o de odalisca,

¿qué más dá?... ¿Que solo vale la mujer para... mujer?... En casa. ¿Que sobrese?

Pues que escale hasta el Poder...

si el cuidado del hogar con el cargo se concilia, aunque lo haya de llevar el cabeza de familia.

Si él se ocupa del avio de la casa y de zurcirse la ropa y dar teta al crío (en tanto ella va a cubrirse de políficos laureles con faenas no adecuadas), habrá cambio de papeles como en las inocentadas;

pero el cargo (o lo que sea) debe ejercerlo el señor... o la señora; el que crea que puede hacerlo mejor.

¿Qué importa que alguien descubra que el Inspector de un servicio dé el pecho a un rorro y se cubra la piel con papel de oficio,

si sirve que es un primer en su destino oficial, reemplazando a un Inspector que era un cacho de animal?

Quien diga que no hay más fines en la vida de las danzas que zurcir los calcetines, y guisar y hacer las camas,

está errado. La mujer, si su talento es notorio, puede hasta llegar a ser general del Directorio.

Y acabo estas líneas sosas votando por la mujer; ¡que el sexo para esas cosas no tiene nada que ver!

JOAN PEREZ ZÚÑIGA

seis veces por un mismo sitio, subir a las elevadas alturas del tranvía subterráneo y bajar a las profundidades del subsuelo, aturdiendo por el ruido atornador de los aeroplanos que circulaban por el túnel del Metro, consiguieron llegar a lugar despedido después de haber perdido a don Cosme que debía andar loco por aquel laberinto

La estatua de doña Berenguela daba las seis y media cuando Pepin y Chuchita eniraban en el Archiducal Cinema. La sala estaba brillantísima; Chuchita pasó revista a sus conocidos. Allí estaban los de Pirindoles con su papá. También estaba Tolito Soponcz con su prima Polina que está bastante tonta porque le caía bien a él el uniforme de cadete de caballería. Y doña Estelira, la catedrática de Filosofía. ¿La

habrían visto? Llevaba seis días sin ir por la Facultad y estaban a fin de curso. Pero, bah, el Gobierno le iba a subir el sueldo y aprobaría a la clase.

El cinema estaba lleno. El programa lo merecía. Un film graciosísimo de Pola Negri y un drama en sesenta partes por Mary Pickford y Charlot, además de Narciso Lirio, el cupletista.

Sonaron tres lumbres y se apagaron las luces. Pepin y Chuchita se sentaron lo más juntos posible mientras la vacía butaca del desaparecido don Cosme los miraba con esa mirada opaca y de vista cansada de las butacas de cine, mientras decía para su resplando. «¡Me vais a dar la tarde!».

LOPEZ RUBIO

Texto del dibujante. Dibujos del escritor.

APOTEOSIS DEL ALIGUSTRE

Si en otras cosas no, en materia de jardinería municipal nuestro cuerpo de conejales de ambos sexos—como se decía antes del cuerpo de coros—es franca y denodadamente revolucionario, y de la revolución por arriba, como dijo el otro.

Don Cecilio, su elector de las altas obras, sigue talando y desmembrando el arbolado a qué quiereis hacha. Es la monomanía del achicamiento. Guerra a la altura y a la frondosidad y no hay copa que se le resista. Tras una ronda de álamos, la emprende con otra de chopos, y así sucesivamente. Una *fajada* vegetal.

La protagonista de *Flor de un día* (la flor de Madrid) exclamaba refiriéndose a América:

No me canso de admirar estos árboles gigantes que parecen arrogantes las nubes desafiar.

Los protagonistas de esa otra tragedia de la belleza, de la utilidad, de la higiene y del ornato de la ciudad y sus alrededores no admiran a los gigantes, sino a los enanos y hasta cambiarían un pino o una palmera por un aligustre.

Porque, señores, el imperio de los aligustres ha llegado. Hasta ahora, el aligustre no era, como si dijésemos, más que un arbolillo de complemento, pero hoy, en el yermo en que van a dejarnos será un baobab como el que plantó en su huerto Tariatín de Tarracón

Por otra parte, y ateniéndonos a las enseñanzas de la Botánica comparada, preciso es reconocer las cualidades que hacen de ese arbusto de la familia de las Oleáceas una especie de héroe representativo de la comunidad *Idílica*, según dice por edifica un teniente de alcalde.

El triunfal oleáceo (de *oleaceus* aceitoso) es de ramas grises, hojas duras, lampiñas, coriáceas, lustrosas y persistentes, y las bayas sirven para colorear el vino adulterándolo.

¿Qué más, desde semejante punto de vista, puede pedírsele al aligustre? Es un carácter.

(Viva, pues, el Ilustrísimo y aligustísimo Ayuntamiento de la ex-villa y corte del Oso y el madroño!...

José DE LASERNA

NUESTROS ARTISTAS DIBujan Y ESCRIBEN

MARÍA LUISA MONERÓ

La impresión que he recibido en la nueva modalidad de mi arte es de miedo, francamente de miedo al público, y no es que su actitud para conmigo me lo haya infundido, no, el público, para mí ha sido tan afectuoso en un género como en otro.

Ahora bien: yo sabía a hacer una comedia tranquila, sabía que los compañeros habían advertido al público de quién era yo; unas veces habían dicho que yo era una muchacha muy dicharachera, y que aquel señor de barba blanca que tan brillantemente había intervenido en la primera escena, era mi padre, o mi tío. Después de esas afirmaciones el público quedaba preparado y cuando aparecía yo en escena, como sabían, porque se lo habían dicho, que era tan graciosa, pues bastaba con que dijese algo para que me lo celebrasen con risas y señales de aprobación, y además nadie se hubiera atrevido a meterse conmigo para no disgustar al señor de barba blanca que estaba en escena.

En todas las comedias ocurría algo por el estilo; mis compañeros me preparaban el terreno o me socorrían en caso de tropiezo; pero ahora...

Ahora salgo sola a escena, generalmente vestida con algún traje no corriente, y sola, en una escena que se me antoja inmensa y ante un público



que no tiene a otra persona a quien mirar que a mí, debo cumplir un cometido contándoles cantando, quién soy o lo que me ha ocurrido.

Unas veces aseguro que soy una duquesa de tiempos de Goya, otras una pebeta del arrabal, a veces una chula madrileña que afirma que no hay nada más hermoso que la calle de Juanelo y así sucesivamente.

Pues ustedes no saben lo difícil que resulta convencer al respetable público de esos cambios.

En el primer couplet han dicho —¡Vaya, es una duquesa que ha venido a menos, oigámosla cantar!— Pero después, al verme salir de pebeta, se desconciertan y se dicen. —Pero cómo, ¿no habíamos quedado en que era una duquesa? ¡Qué falta de formalidad!

Al tercer «couplet» ya resulta difícilísimo convencerlos de que nuestra falta de fijeza no es por la mala idea de embrollarlas.

Por eso mi miedo a salir a cantar couplets es cada vez mayor y me tiemblan las piernas en mi cuarto, cuando me estoy vistiendo, y salgo temerosa pensando. —¡Cómo les parecerá la afirmación que voy a hacer ahora mismo, de que para ser castizo hay que bailar sobre un pañuelo!

[MARÍA LUISA MONERÓ



En la comedia, en la canción, en todo aquello que necesita del talento y de la sensibilidad, ha triunfado María Luisa Moneró, de un modo definitivo. Pero no contenta con eso, ahora dibuja y escribe deliciosamente. Estos monos y estas líneas lo demuestran.



BAMBALINAS

DIABLAS Y TRASTOS

Los autores y la crítica,
o el que a hierro mata...

El mundo de la crítica anda más revuelto cada día. Los autores se revuelven contra todo el que pone reparos a

insiste: «Vamos, niño, dile a este señor cómo te llamas.» El niño no quiere, insiste el padre por las buenas. «Ay, qué niño... se le ha comido la lengua el gato... ¿Ve usted?... ¿Ve usted a este niño? ¡no tiene lengua!...» El niño

contrar una fórmula para desentendernos del niño, y éste danza por la sala a su sabor, cogiéndolo todo y poniendo por todas partes las manos llenas de caramelo, nos hace ver el padre que el empeño del niño por no hablar es otra monada: «Este no es como esos otros niños mal educados que hablan por los codos y se entrometen en las conversaciones.»

Pues si eso hacen los hombres con sus hijos, sólo porque son padres de ellos ¿qué no harán—o haremos—los autores dramáticos con sus obras si los autores son—o somos—los padres de las obras... y las madres? «Con lo que me costó echarlo al mundo»—dicen las madres para justificar todos sus arrebatos por el hijo. Los autores pueden decir lo mismo. En cada autor va un matrimonio con su niño; yodo en una pieza, una pieza que a veces tiene tres o más actos y que quiere venir al mundo con el pan trimestral—el dios Pan—debajo del brazo. No es de extrañar que el papá y la mamá—el autor—se empeñen en que la obra dé las gracias y en que nosotros se las riamos, aunque no veamos las gracias por ninguna parte.

Hay en esta revisión de críticos una cuestión muy importante y que no tiene vuelta de hoja. Un caltre cualquiera puede equivocarse al escribir una comedia y el prójimo puede, pues, juzgarla desfavorablemente. Pero también puede equivocarse el caltre del que juzga. Es por lo tanto, natural, que el padre salte y diga a los jueces: «Usted no es quién para meterse con mi comedia y como me lo lisis, le lisis».

Yo, por mi parte, estoy decidido a tomar un abono vitalicio de *claqué* y a reirme con todas las obras cómicas y a llorar con las dramáticas, y viceversa. Con decir que en la imprenta hemos encargado ya un surtido mayor de mayúsculas para poner todos los elos-



¿Por qué lleva delante
Juanillo, La Perchelera,
siendo, como es, la primera
en el coro general?

sus obras y nos paran y reparan los pies, acaso porque piensan que una vez parado el órgano, parada la función.

No es cosa de extrañarse... Es natural. Se sabe de antiguo que los padres tienen siempre debilidades por sus hijos. Al fin y al cabo son hijos de sus debilidades casi siempre; y nada se defiende con tanto afán como aquello que proviene de fl. quezas nuestras.

Van los papás con su niño a casa, de visita; uno tiene la benevolencia de decir «¡qué mono!», y ya estamos perdidos; los papás se empeñan en demostrar que el niño tiene muchas más monadas y monerías que las ya vistas por nosotros.

Una, por ejemplo, la de que el niño nos diga cómo se llama. El papá le dice al niño que nos diga cómo se llama. El niño se calla. El papá entonces

en vista de la situación forzada, se tira al suelo y esconde la cara debajo del sofá. El papá, tascando el freno, lo levanta. El niño se hace el pesado y obliga a que el papá lo tome por las malas, y lo levante zarandeándolo. El niño entonces patealea. Nos da una patada en la espinilla, pone los pies en las butacas; está a punto de volcar de un envite el velador de la sala. Nosotros tenemos que hacer como si aquello nos gustara mucho. Vamos por un caramelo para zanjar la crisis diplomáticamente. El padre entonces: «Niño, da las gracias.» El niño no da las gracias quizá porque no las tiene. «Pero niño, ¿qué se dice?» Y otra vez se reproduce con lo de dar las gracias, la escenita que antes se desarrolló con motivo de decir cómo se llama. Y al fin, cuando ya hemos conseguido, en-

gios en letras gordas, ¡calculen ustedes!... Elogios y mas elogios. Elogios mayúsculos.

No hay más que un inconveniente. Y es que cuando llegue una obra que nos guste y queramos hacer los elogios de verdad, creerán todos que lo hacemos por miedo al estacazo.

Pero esa probabilidad no es tampoco muy temible. Primero, porque obras buenas no caen mas que así, de Ramos a Pascuas. Y segundo, porque es lo que dirán los comediógrafos: ¿Qué falta nos hace el que nadie diga a nadie si la obra tal o cual gustó o no gustó? El que quiera saber si una obra le gusta o no le gusta que vaya al teatro y que la vea.

Y sí, sería, realmente el camino de solucionar en un momento la crisis del teatro.

Juanilla la Perchelera, letra de Luis Fernández de Sevilla y Anselmo G. Carreño, música de Francisco Alonso.

Se ha estrenado en la Zarzuela con gran acogida por parte de todos, una zarzuela de corte clásico andaluz, «Juanilla la Perchelera».

Después de tantas operetas y demás géneros híbridos en donde hay que ponerse hasta gafas de talco en color para ver de color pasable lo que pasa en el escenario, hemos acogido a Juanilla —¡las ganas!— con los brazos abiertos, no ya por la suficiente razón de ser Juanilla la serranísima señorita Enriqueta Serrano, sino porque Juanilla es linda, preciosa, y andaluzamente honrada.

Las operetas, revistas, fantasías, sketches, y demás espectáculos usuales, nos dejan hechos una tortilla en el asiento de lo que nos aburren. Todo se vuelve reflectores rosa y azul, verde y violeta; y todo se vuelve hileras de chicas, unas verdes y otras violadas, alguna que otra azul, y casi nin-

guna rosa, que evolucionan como un regimiento de quintos, cada una por su lado; que bajan y suben los brazos o hacen flexiones de cintura como en la gimnasia sueca; que juegan al tren, dando vueltas por la escena cogidas unas a otras por los riñones, y corriendo así en hilera, inclinando la cabeza con un gesto que quiere ser picaresco y que parece como si fuesen a auscultar por la espalda a la compaÑera de delante. Todo se les vuelve hacer las odaliscas o ponerse en la cabeza los plumeros de los caballos de las funerarias. Todo se les vuelve enseñarnos las piernas y convencernos de que vistas así, al por mayor y comparadamente hacen casi todas un efecto lamentable, y acaban por parecernos más atractivas esas otras que se exhiben en los escaparates con una luz eléctrica en el tuétano.

En cambio viene esta mocita de Juanilla y el corazón se nos alegra. La

la que uno quisiera que fuese la novia, lo que todavía es más adorable. Juanilla, en efecto, tiene ese encanto; quizá otro mejor, el de ser, no la posible novia, sino la chavallita que todavía no ha tenido novio y nos busca con gracia de chiquilla que no sospecha el amor, y que por no pensar en eso va jugando, jugando, a enamorarse, y ¡ay!, a enamorarnos.

Juanilla la Perchelera y sobre todo Enriqueta Serrenito, la Perchelera, es una chavallita alegre, simpática, buena, inteligente, que nadie toma todavía en consideración, pero que de pronto se nos aparece como algo capaz de encantarnos la vida mejor que otros encantos más vistosos, más «aparentes».

La música del maestro Alonso tiene, como la chiquilla, todas las gracias de la tierra. Alonso es de la tierra de María Santísima, ha nacido con angel, tiene el santo de frente, y con todas



Y aquí tenéis al «Cumplido», que en fuerza es un Maciste y que cuando se desviste arma en el Perchel un lío.

opereta era para nosotros la amante cosmopolita en el período de la indiferencia, cuando no del cansancio. Esta Juanilla parece en cambio la novia, o

estas gracias teologales no es extraño que quede como Dios cuando hace música.

MANUEL ABRIL

En la República Argentina se vende BUEN HUMOR en todos los quioscos, estaciones del

ferrocarril y subterráneo y en las oficinas de nuestro representante

A. MANZANERA.—Independencia, 856.—BUENOS AIRES

En Buenos Aires sólo cuesta 25 CENTAVOS el número de BUEN HUMOR



U.D. SAMA.—Madrid.

—¡Pero si hasta dentro de dos días no es el partido!
 —¡Si, ya lo sé; sacando la entrada hoy, con tiempo, me ahorro el tener que hacer cola pasado mañana!

EPIGRAMAS DE "BUEN HUMOR"

La esposa de Luis Pistache
 que anda mal de ortografía
 pone siempre honor ain hache
 y eso a Luis le contraría.
 Y ayer le dijo Arriésén:
 yo sí que tengo razón
 para armar el gran beín.
 ¡Mi esposa lo escribe bien...
 pero echó cada borón!...

Entre los Grandes de España
 no figura Sánchez Toca.
 El que tal crea, se engaña,
 se confunde y se equivoca.
 Y aunque nadie me lo mande
 digo, ante este error profundo:
 su nariz es la que es Grande
 de España... y de todo el mundo.

Por las nubes las patatas,
 por las nubes el carbón,
 por las nubes las libretas,
 el pescado y el jamón...
 Por algo dice la gente
 con elocuente razón
 que el porvenir de los pueblos
 sólo está en la aviación...

Hablando de un ex político,
 colega de ex Romanones,
 pond-raban sus talentos
 en un corro de ex prohombres.
 —Es más listo que Merlín!
 —Es más sabio que Aristóteles!
 —¡Habla como Cicerón!
 —Es un Oliverio Cromwell!...
 Y al fin uno, resumiendo
 los elogios, como posture
 dijo: ¡He crecido la hierba!...
 (Con él estamos conformes.
 El tal ex gran hombre, que
 todos ustedes conocen,

ve crecer la hierba, es cierto...
 ¡pero después se la comell!...)

De un tal Gordillo se dice
 que es el esqueleto, visto
 recientemente en Pamplona
 en un pozo removido.

Me hago cruces, discurrendo
 cómo, ante unos huesos limpios,
 ha podido decir alguien
 que aquel hombre era Gordillo...

Mi buena amiga Chelito
 confiesa a propios y a extraños
 que, a pesar de su palmito,
 ha cumplido treinta años.
 Hay en esa confesión
 un error harto ligero.
 ¡al vez una distracción:
 ¡que a esa edad le falta un cero! (1).

NÉSTOR O. LOPE

(1) ¡Pero a la derecha, y bien claro para que
 se vea!

ALREDEDOR DEL AMOR

«Si has cumplido los veinticinco años y no has cambiado un beso con una mujer que te ame, pégate un tiro con bala dun-dun».

Dick Turpin.

Verdaderamente la contumacia con que vengo ocupándome del amor en estas bien confeccionadas páginas de Buen Humor es un poco plúmbea y algo inaguantable.

Espero, sin embargo, que —al menos las lectoras— no serán de mi misma opinión. Porque no hay nada que tanto interese a las mujeres como las charlas de amor. Esto prueba, de un modo tan patente que casi hace daño en la retina, que son las mujeres las que han llegado a lo profundo del pozo donde se hospeda la verdad y son las mujeres —finalmente— las que poseen el hondo sentido de la vida. Porque una vida sin

amor es como una carretera sin baches; algo muy aburrido.

Creo que nadie dará que la gracia de las carreteras reside en los baches; un camino largo, recto, bien cuidado por donde el auto se desliza tranquilamente, acaba por ser monótono e insostenible; pero si, de vez en cuando, surge un bache, el coche da un salto, los automovilistas se alizan un encontronazo, nacen los comentarios, las bromas al *chauffeur*, etc., etc., y el viaje resulta divertidísimo.

Así también, las vidas con amor. Ya uno de los poetas más grandes del siglo de oro lo dijo en aquella divina poesía que acaba diciendo:

...«La vida sin amor no se comprende, no se comprende, no se comprende»...



Dib. Dick Turpin.—Barcelona.

—¡Valor, amigo mío! Su esposa... ¡se ha salvado!

EL BESO

«El amor —nueva definición del que esto firma— es el Sídol que da brillo a los ojos de las mujeres». Y conste que estoy rotundamente emocionado por haber escrito semejante definición, justa como un torneo.

A nadie le extrañe, vistas las razones que anteceden, que yo siga hablando del amor.

Y en alas de una precisión más grande, hoy voy a hablar del Beso. Lo pongo con mayúscula porque tiene bastante más importancia que las palabras Ministerio de Hacienda y éstas se escriben con mayúscula también.

Ignoro quién inventó el beso; el hecho se pierde en la consabida noche de los tiempos y no voy a sumergirme en esa noche porque aún no se me ha estropeado el funcionamiento de los centros motores. Afirmando, de todas suertes, que quien lo inventó fué un genio, al lado del cual Shakespeare resulta un atrasado mental en pleno período carfológico, o, lo que es lo mismo, la verdadera birria de las Hurdas occidentales.

Creo que no tendré necesidad de describir ese armónico movimiento que se conoce con el nombre de beso, y, menos aún, las sabrosas y perfumadas consecuencias a que da lugar. Todo el mundo lo conoce, y lo ha degustado, como el café de San Paulo. Y el que no lo haya degustado, que se aplique la bellísima sentencia del genial Dick Turpin, colocada al principio de este artículo. Porque a un ser, situado en esa posición, no le quedan más que dos caminos: aplicarse la bala consabida o dedicarse a resolver jeroglíficos de «palabras cruzadas», último aspecto de la estupidez ambiente.

El beso —o mejor dicho— el besar es una ciencia solo comparable a la Geometría Analítica. Pocos hombres dominan esa ciencia, múltiple y diversa; las mujeres, que cuando se ponen en plan de estudio nos dan ciento y raya a los representantes del sexo vigoroso, llegan a dominarla a la perfección. ¿Qué no dominarán las pobres chicas?

Sería prolijo e imposible enumerar todas las clases de besos: son infinitas. El beso varía con el carácter, con el temperamento y con el clima, como los barómetros. No obstante, puede señalarse seis de los besos más conocidos y usados.

El beso «antropófago». Primero de la serie— es rápido, voraz, y cáustico cual un epigrama de Melegro. Igual que sus hermanos se da y se recibe por los labios, pues salta a la vista que el beso es un alimento espiritual y los alimentos se toman con la boca, salvo en los casos de ataxia general. Comúnmente, este beso se reduce a un mor

disco que hace pensar en la edad miedosa, y deja señal, como los individuos que van a alquilar un cuarto.

—El beso de *mariposa* es su antítesis. Se obtiene formando un cucuruchito con los labios y a base de un roce suavísimo y casi inconstitucional (1). Es beso propio de amantes que se ven tres horas diarias y, por lo tanto, disfrutan de tiempo bastante para tornarse adrosos, ligeros y felicitos.

El beso *Madrid a Vigo*. Esta rara denominación sorprende al pronto, pero una vez explicada, se advierte su exactitud. Nadie ignora que el viaje Madrid a Vigo es el más largo que se conoce en el globo, gracias al admirable servicio de ferrocarriles que enlaza ambas poblaciones. Pues bien, el beso así llamado, es aquel en que los amantes juntan sus labios a las diez de la noche y los desunen a la hora del *vermá* del día siguiente. A veces es preciso utilizar la palanqueta para obtener la separación recíproca.

El beso de *gorrión neurótico*. Es usado preferentemente por las mujeres que escuchan conciertos de radio; y se llama así porque se reduce a un piqueo rápido y rítmico. Es el beso más estúpido que se conoce y el más parecido al alfabeto Morse. Todo hombre sensato huye de él como de tomar un Ford.

El beso *Informe de fiscal*. Esta clase de beso, usado indistintamente por hombres y mujeres, toma su nombre «informe de fiscal» de la dureza de los labios de los besantes. Pues es probado que hay labios duros al beso. Y, excusado es decir, que nada hay tan duro como el informe de un fiscal.

El beso de *asfalto madrileño*. Es el opuesto al anterior: aquel que se da con los labios blandos. Nadie ignora tampoco que el asfalto que se usa en Madrid es tan blando que en determinadas calles de la población se hace necesario andar de puntillas, y aun así, se deja la huella del Phillips.

Con muchísimo gusto me extendería en una serie de disquisiciones sobre el beso que ilustraría a mis lectoras profundamente (se entiende que a las lectoras que ni han besado ni han sido aún besadas), pero temo mucho que esto me lleve a ahondar demasiado en la cuestión y a deslizar por caminos que el índole de nuestro adorable semanario me tiene prohibidos. Por lo tanto, y sin perjuicio de hacer una segunda parte de este artículo, lo termino aquí.

Y aquellas personas que deseen conocer más a fondo la cuestión, pueden consultarme por escrito, siempre que envíen un sello de a real para la respuesta y un sello *Yr* para evitar el posible dolor de cerebro.

ENRIQUE IARDIEL PONCELA.

(1) ¡Como estoy de fraset! ¡Qué espantoso!



Dib. MATEO.—Valencia.

—¡Trágame un bifec con patatas; pero con muchas patatas, ¿sabe? ¡Y soy vegetariano!

TRES AVENTURAS DE WILLIAM BRONX

Ustedes seguramente no conocerán a William Bronx. Es lógico porque, a pesar de que me consta lo bien relacionados que están ustedes, no van a conocer a todo el mundo. Pero no importa para lo que de él voy a referir. Es más, casi me congratulo de que no lo conozcan ustedes ni de nombre, pues si le conociesen tal vez les supiera mal lo que pretendo contar, y no conociéndolo, no digo que les sepa a ustedes a pastel de nata, pero aseguro firmemente que tampoco les sabrá a cuerno quemado. Lo más probable es que se encolen de hombros, como diciendo: *¡a mí, el inolvidable y arrojado Primi*, y que mi narración caiga en el vacío,

pero como este desdén hacia mi cuento tampoco me consta, quiere decirse que me decidí a dar a la estampa las precitadas aventuras de Bronx por si acaso diese la deleznable casualidad de que fueran del agrado del público. El susodicho y británico William, que ya ha fallecido (afortunadamente para él... y para la agencia funeraria que se encargó de su sepelio) fue en vida el hombre más absurdo que ha pisado calles londinenses. A este eminente gachó, los actos más naturales se le convertían en hechos extraordinarios y fantásticos, y las más nimias causas le producían unos efectos tan desconcertantes que daban siempre que ha-

blar a todos los periódicos diarios y hebdomadarios de la Gran Bretaña y la Regular Irlanda. Este hombre es el que, pidiendo lumbre para su cigarro a un ciudadano sordo como una muralla china, dijo ¡fuego! con acento tan estentéreo que se movilizaron todos los parques de bomberos de Londres y creo que alguno de París, figurándose que se había producido una catástrofe incandescente mucho mayor que la que el tristemente célebre Nerón provocó en Roma, hace algún tiempo, para pasar un rato de juerga. William Bronx fué el que, siendo guardia de la porta de servicio en *Trafalgar Square*, determinó el choque furibundo de setenta autobuses, once taxímetros, veinticinco camionetas y ciento quince motocicetas, guisado aterrador que lo produjo porque, al tener la porta en alto, oyó una banda militar que ejecutaba una preciosa marcha y, llevado de sus aficiones musicales, se puso a marcar el compás con la repelida porta, movimiento que fué obedecido por los conductores de los vehículos mencionados con el escrupuloso acatamiento que prestan los ingleses a todo lo que hace la autoridad y que dió origen al tremebundo lío que hemos citado más arriba, lío que no se terminó sino cuando se acabó la música militar y sobre todo cuando se concluyó la gasolina que había en los coches y que casualmente duró el mismo tiempo que el armonioso concierto.

En fin, dejando aparte estos ligeros detalles, voy a referir a ustedes las tres aventuras de Bronx en las que culminó el despropósito y en las que más atroz diferencia hubo entre la causa y el efecto, entre lo que William hizo y lo que a William le resultó de haberlo hecho.

La primera barbaridad le sucedió en su casa, que no digo que es la de ustedes porque ya he dicho que William murió; pero que si no hubiera muerto, lo podría decir sin temor de que me rectificase, aunque por otra parte creo que no me rectificaría tampoco en estos momentos si yo lo quisiera decir. Bronx, como todo hombre desgracia-

do, tenía una suegra premiada en varias exposiciones, sufragista de las primeras que hubo, fea de nacimiento, horrible de juventud y francamente espantosa y aterradora de vejez. Una verdadera bicoca, en suma. Esta suegra, como todas las de su clase, se había propuesto convertir a Bronx en algo tan manejable, tan liviano y tan infortunado como un balón de fútbol, que todos sabemos que no tiene más misión que la de aguantar patadas, y cuya única felicidad consiste en poder acabar meliéndose en una portería. Entre William y la suegra empezaron a menudear las escenas de rigor; y los elocuentes escándalos trascendieron a la vecindad, pero no a la vecindad de la casa, sino a la del barrio, y de paso a toda la vecindad de la capital de Inglaterra. En efecto, un día sí y otro día creo que sí, y otro día creo que también, se oían en la dulce morada de Bronx ruidos de platos que fenecían, de cacerolas que se abollaban, de lámparas de cristal que se convertían en polvo vil, de puertas que pasaban a ser virutas, y de sartenes y planchas que se disputaban un *raid* de aviación por todos los ámbitos atmosféricos de la vivienda. Claro es que todo esto, sabida la existencia de una suegra, era naturalísimo... Pero, sin embargo, no debió de parecerle tan natural a todo el mundo, por cuanto un día llamó a la puerta un agente de espías, y al ser recibido por Bronx, le dijo con una amabilidad de la provincia de Versailles:

—¡Vengo, si usted no tiene inconveniente, a contratar a peso de oro el *jazz-band* que hay en esta casa! ¡Le he oído varias veces y estoy entusiasmado! ¡Creo que es el mejor del mundo y espero un éxito sensacional si lo presentamos ante un público inteligente!

Ignoro lo que contestaría Bronx, pero sé de buena tinta que dos meses después buscó en otra casa la felicidad que en la suya le regateaba su suegra tan concienzudamente. Resumen, que comenzó a camelar a una mujer casa-

da, que la casada referida aceptó la camelancia, y que de resultados de esto sobrevino la segunda aventura absurda de William, en el mismo momento en que se enteró del reiterado camelo el marido de la casada. Este, que como buen inglés, no quería escándalos en su domicilio, tanto por lo que perjudicaban a los muebles, como por el choto de los vecinos, buscó a Bronx en su tranquilo hogar, y provisto de un revólver lindísimo, irrumpió en la alcoba del seductor en el momento en que éste, en camiseta y calzoncillos, se disponía a lavarse para ir a la oficina. William dividió el revólver; vió que, a pesar de ser tan temprano, la bala estaba dispuesta a salir y determinó salir él antes, cosa que hizo con rapidez taximétrica, precipitándose escaleras abajo y empezando a cruzar calles a una velocidad que era una fantasía. Un momento pensó en que sería detenido por los guardias en cuanto los transeúntes denunciaban con sus púdicos grillos los paños menores que parcialmente le cubrían, pero con asombro comenzó a notar que su veloz carrera arrancaba aplausos y algunos *vivas*. Supuso una chunga en los que le ovacionaban y siguió corriendo sin ofenderse, pero a las tres horas de galope desenrenado fué obligado a detenerse por un corro de exultantes deportistas que, colocándole una cruz en el pecho, le proclamaron campeón de *cross-country*. Había participado, sin saberlo, de unas carreras pedestres organizadas por el *Daily Mail*, con un premio de diez mil libras para el vencedor.

Pues bien, nada de lo citado fué tan estupidamente paradójico como su aventura final, de resultados de la cual agarró la sofocina que le llevó al sepulcro.

Un día, no sabemos con qué designios, penetró en un... (*lavatory* dicen en Londres, W. C., dicen en Francia, y en ciertos sitios de España donde se habla con distinción, y evacuatorio subterráneo decimos los más ordinarios); pero, en fin, el caso es que penetró en ese lugar tan diversamente nombrado, quizás dispuesto a hacer una cosa que no tiene nombre. ¿Qué pasó en el interior del antro? ¡Se ignora!... Lo cierto es que a los diez minutos de la entrada de William, acudieron en tropel un centenar de policías, y previas unas precauciones que no nos explicamos, procedieron a capturar a Bronx.

¡Le acusaban de ser un comunista, pagado por los Soviets, y de haber colocado una bomba en el interior de aquel recinto, habitualmente tan tranquilo!

Y el pobre William no pudo negar, pues se le anonadó demostrándole que el ruido de la explosión se había oído en todo Londres...

ERNESTO POLO



Did.
ARÉLGER
Madrid.

—¡Decían que esta yegua era muy segura... pero no dijeron si la segura era la yegua o la cozi!



D13. RAMÍREZ—Madrid.

—Estoy fastidiado sin tabaco!
—¿Para qué quieres fumar? ¡Aquí el aire es puro!

EL FANTASMA DE LOS MARTHI

I

La discusión, comenzada al principi-
par la comida, había continuado du-
rante la sobremesa.

El joven marqués, tras de apurar el
contenido de su taza, había dicho:

—Muy gracioso todo, muy gracioso.
Realmente dijo poco, pero a Marthi
le pareció excesivo. Frunció el ceño
repuso fríamente:

—No he tratado de haceros gracia.
—Pero lo habéis conseguido. Es lo
mismo.

Después, comprendiendo que sus
ironías habían molestado a Marthi,
adoptó otro tono.

—Yo, mi querido amigo, —dijo con-
vincente— soy un espíritu rectilíneo,
moderno. Carezco de creencias y, por
lo tanto, soy poco dado a los cuentos
en que se reflejan fenómenos sobrenatu-
rales, ultradímicos. Eso es todo.
Vuestra narración me ha parecido ad-
mirable, encantadora, pero no ha lo-
grado conmoverme. No había de lo-
grarlo ninguna de ese estilo. Los fan-
tasmas, los duendes y las brujas fue-
ron quemados en las hogueras de la
inquisición y, si alguno consiguió es-
capar del fuego, es lo más probable
que haya muerto de tedio, de hastío, al
darse cuenta de la indiferencia de los
mortales. Quedan pocos hombres que,
como usted, tengan credulidad para
esas patrañas absurdas.

—¿Patrañas? ¿Y si yo le asegurase
que he visto en varias ocasiones al
fantasma de los Marthi, al fantasma de
este castillo?...

—Seguiría dudando.
—¿Y si usted lo viese?
—Entonces...

II

No le fué difícil a Marthi confec-
cionarse un disfraz de fantasma. Los fan-
tasmas visten sencillamente, sin coque-
terías, sin pretensiones. A los fan-
tasmas bástales con un blanco y largo
sudario y un alto cucurucho en la ca-
beza para vestir con propiedad.

Marthi colocó sobre su testa una ca-
peruza, se envolvió en una sábana y, a
su, convertido en un cónico fantasma,
salió al pasillo solitario y obscuro.

¿El venarqués dudaba de sus pala-
bras? Pues ahora verá el marqués. El
iba a darle una lección al incrédulo.
Una lección terrible...

Y Marthi sonreía satisfecho de su
idea y de los efectos que la realización
de ésta iba a producir.

Pero, de improviso, la sonrisa se
borró de sus labios. Marthi sentía mie-
do. Un miedo tan grande como absur-
do. Marthi sentía miedo de sí mismo,
de ir vestido de aquel modo, de saber
ser un fantasma... Marthi encendió una
luz para tranquilizarse y su terror cre-
ció al ver su sombra dibujada en la pa-
red, su sombra que era como un fan-
tasma vestido de negro. Y la sombra
tomaba movimiento, corría tras de
Marthi, imitaba todos sus ademanes...

Gracias a un poderoso esfuerzo de
voluntad, Marthi consiguió tranquilizarse
y prosiguió su excursión noc-
turna.

III

—Buenas noches—
Marthi volvió el rostro y quedó pa-
ralizado por el terror. Quien le habla-
ba era otro fantasma, pero un fantasma
verdadero.

—Buenas noches he dicho, ¿Eres
mudo? ¿Por qué no me contestas? Soy
el fantasma de los Marthi, el fantasma
de este castillo. Supongo que habrás
oído hablar muchas veces de mí. El
dueño de la finca cuenta unas historias
muy graciosas acerca de mi existencia.
Es un embustero. Y un imbécil. Si no
fuera por que... ¿Y tú, quién eres?

—Otro fantasma.
—Tienes una voz muy baja y muy
temblosa. No me parece bien. Un
fantasma debe de tener una voz bron-
ca y segura. ¡Ha de tener tantas cosas!
Es muy molesto el ser fantasma. No
puedes salir nada más que de noche,
no te está permitido hablar con nadie,
tienes que transportar muebles de una
habitación a otra, producir ruidos ex-
traños... Yo estoy fastidiado. Llevo en
este castillo cinco siglos, fíjate bien:

cinco siglos de aburrimiento! Nadie
me hace caso, nadie cree en mi existen-
cia. Solamente ese Marthi... Pero ese
es un imbécil; ha salido a su padre, a
su abuelo, a su bisabuelo. ¿Y tú qué
haces? ¿Estás desocupado?

—Sí.
—Pues te cedo mi cargo. Quédate
aquí. Tal vez tú lo pases mejor que yo.
No puedes imaginarte lo que te agra-
decería que me relevases. Necesito una
temporada de descanso y aire puro y
sol. Esto es muy húmedo y la hume-
dad me sienta muy mal. Yo soy un
reumático terrible. A veces, tengo que
detenerme en estas excursiones noctur-
nas, apoyarme en la pared y exhalar
lamentos que no solamente no son te-
rroríficos sino que mueven la compa-
sión. Estoy expuesto al ridículo con-
stantemente. He consumido todos los
salicilatos que había en el botiquín del
castillo. Y me he estropeado el estóma-
go. Estoy muy grave, muy grave...
Dime que aceptas, compañero. Mi gra-
titud será eterna.

—Pero...
—Pero, ¿qué?
—Que yo no soy lo que tú eres... que
yo no soy un fantasma...

Y Marthi, vencido al fin por los ner-
vios cayó al suelo presa de un fuerte
ataque.

El otro tuvo un momento de sorpre-
sa, de incertidumbre. Después, rápido,
veloz, cruzó el pasillo mientras con voz
angustiada decía:

—¡Un mortal! ¡Era un hombre! ¡He
expuesto mi vida! ¡He estado a su mer-
ced! ¡Me he salvado por un milagro!...

J. SANTUGINI Y PARADA



Dib.
SÁNCHEZ VÁZQUEZ
Málaga.

—¿Dibuja usted
monos?
—Sí, señor. Pue-
de usted tomar
asiento.

LAS CAÑAS GEMELAS

Voy a contar el caso maravilloso que le sucedió a Jacobito, el pescador de caña, cuando llevaba tantos años cultivando su afición.

A él le habían pasado cosas extrañas. Muy justo es que le sucediera una más extraordinaria que todas; muy justa.

A Jacobo se le despertaron de pequeño sus aficiones. En vez de jugar con el gato, atando a la pelota un hilo y corriendo por los pasillos, él se sentaba en una silla del gabinete, ataba, en efecto, la pelota al hilo, y el hilo al bastón; en «posse» de pescador de caña se estaba las horas muertas, esperando a que el gato pasara por allí, y diera, sin inquietud, sin humor, por cumplir con su raza solamente, una manotada, o un par de ellas, a la boleta de papel.

Conque el gato pasara tres veces en cada recreo de dos horas del niño, Jacobito se había quedado satisfecho; y su madre también, puesto que no la había molestado con el menor ruido.

Ya de mozo, Jacobo siguió con su costumbre. Pero no era con el gato, sino con las mujeres.

Toda su juventud en el banco de un jardín público, con el bastón en «posura» de caña, esperando que el Amor picara. Y picó. Dos jovencillas alegres se rieron de él. Pasaron, repasaron, volvieron a reír; una se atrevió a dialogar. Y hasta, para reírse, se sentó a su lado:

—Pero, criatura, ¿qué hace usted aquí todo el día? ¡Ja, ja, ja!

Jacobito tiró de la caña y sacó un pez. Sus buenos años le había costado.

Ya casado, todos los domingos la misma operación: se guardaba los guisanos en el bolsillo del chaleco, enfundaba la caña en su misma para que pareciera un bastoncito, se prendía los anuelos en el dorso de las solapas como si fueran alfileres, y se iba a la orilla del río, donde pasaba doce o catorce horas, para llevar a casa, uno, dos, tres peces, que se habían tragado una espina—el anzuelo—como si hubieran comido pescado.

Y llegó el día en que sucedió el caso maravilloso. Domingo era, también. Muy temprano, Jacobo estaba en la orilla del río. Desdobló la silla de las dos esquinas vencidas por el peso, cogió un anzuelo haciendo ese movimiento que hacemos cuando nos preguntan que si tenemos algún alfiler; se preparó, descendió la caña con toda religiosidad y se quedó quieto, quieto, quieto, quieto...

La caña estaba siempre a igual distancia de la superficie tranquilísima.

Ningún pez se dignó tocarlo. Ninguno;

absolutamente ninguno. Y el sol salió... y subió... y bajó... y se puso. Y la luna salió—¡oh, qué noche espléndida!—y se colocó en lo alto.

Se veía como de día. La sombra era fuerte, recorrida. El reflejo, en el agua, estaba definido, mejor que con el sol. Dentro del líquido se veía otra caña y otro hilo que iba a unirse con el verdadero.

Pero los peces no lo tocaban; se iban a acostar, sin mirarlo siquiera. Y Jacobito no se atrevía a moverse.

¡Uff!... ¡Pero si eran las doce de la noche!... Era hora de irse a casa. ¿No? Entonces Jacobito tiró de la caña. Y aquí fue la sorpresa.

Ya sé yo la picardía del lector, que estará relativamente impaciente esperando «la gansada». Jacobito tira de la

caña, y el lector sospecha que en la punta del hilo viene algo pintoresco que le va a hacer sonreír y despreciarme graciosamente.

Nada de eso. Jacobito tira de la caña y... no puede sacarla del agua. ¿Qué pasa? Muy sencillo: diez y ocho horas de quietud absoluta, han hecho olvidar a la caña y al hilo la realidad, y los ha llevado a creer en los efectos ópticos. Y resulta que el hilo se ha unido al hilo del reflejo, y la caña a la otra caña, también por motivo del hilo tirante.

¿Qué hace entonces Jacobito? Lleno de ira, tira los bártulos al río. Y allá ven los dos palos larguiruchos, como dos colegiales de la mano, llevados por la mansa corriente.

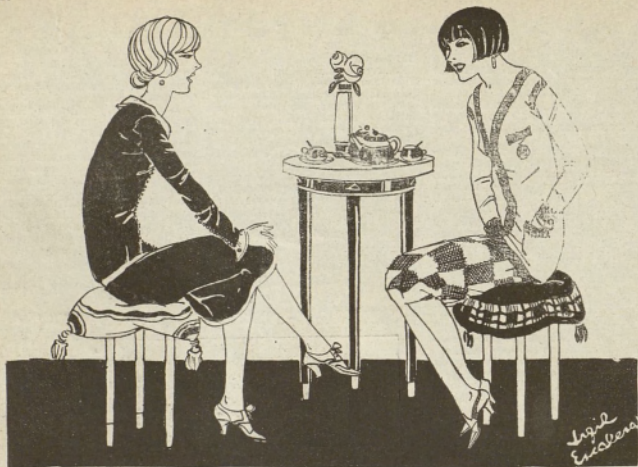
ANTONIO ROBLES



Dib. Box.—Madrid.

—¡Oh! Los médicos tenemos muchos enemigos en este mundo.

—Más tienen ustedes en el oiro



Dib. VIGIL ESCALERA.—Cilón.

—Me casé enan, orada de Luis porque me parec'ó un soñador...
 —¿Y ahora?
 —¡Ay, hija mía; no es más que un simple dormilón.

DEL BUEN HUMOR AJENO

LA GARRAFA

por XANROF

Es notable que en la vida no se logre con frecuencia el fin al que nos conducía el camino primeramente emprendido; y conste que no me refiero a aquellos que, habiendo estudiado para notarios, acaban su carrera en presidio.

Taitaluile, por ejemplo, cuando cursaba el primer año de Derecho (como era un muchacho concienzudo, empleó seis convocatorias en dominarlo), había adquirido una fama de buen bebedor, de la que estaba orgulloso, pues parecía augurarle un brillante porvenir en el campo de la degustación. Esta cualidad no le impidió, sin embargo, seguir otra carrera y entrar en la Policía, donde el antiguo discípulo de Baco redactaba atestados por escándalos nocturnos.

Hay que reconocer, que a pesar de

todo, había conservado una profunda simpatía por los bebedores y que nunca aplicaba sin cierta pena la ley contra la embriaguez.

Cuando le conocí, acababa de ser nombrado secretario de una Comisaría de París, y entre los sometidos a su tutela se encontraba un buen auvernés, a quien todos los domingos sin excepción se le detenía con una enorme borrachera. Dejando a un lado este defecto, nuestro hombre era un infeliz alegre y tranquilo, melómano hasta la exageración cuando tenía una copa (o un litro) de más.

La primera vez, Taitaluile le dejó ir después de haberle amonestado y obtenido de él la promesa de que no se emborracharía, o, por lo menos, de que no bebería lo bastante para perder la

razón. Charfoillat (tal era el nombre del auvernés) juró cumplir su palabra y consagrar eterno reconocimiento a Taitaluile por su generosidad.

Pero al domingo siguiente volvieron a pescarle más *gris* que un cielo de otoño; la única diferencia estribaba en que todo el tiempo había estado bebiendo «a la chulad del cheñor checretario».

Taitaluile se encontraba perplejo después del interrogatorio. Se le hacía duro enviar a dormir al calabozo—habitación malsana, donde no había ni agua para beber—a un hombre que se pasaba la tarde bebiendo a su salud; pero la reincidencia merecía un castigo.

De repente, Taitaluile tuvo una inspiración genial:

—Amigo mío—dijo a Charfouillat—, me es usted muy simpático y haré en su obsequio una segunda excepción. Voy a ponerle en la calle...

—¡Ah, cheñor! Si usted me lo permitiera, le daba un abrazo.

—Con una condición...

—¡Todas las que usted quiera, cheñor chreterario!

—Guardia, acérqueme la garrafa del agua y un vaso.

El guardia, completamente asombrado, fué a buscar los objetos pedidos y los colocó sobre la mesa delante de Charfouillat, que sentía una vaga inquietud.

Taitailuile dijo:
—Si cuando usted bebía a mi salud hubiese mezclado el vino con agua, no estaría usted aquí.

—¡Oh, cheñor! Echar agua al vino, ¡qué ocurren!

—Pues bien: si quiere usted marcharse en paz, tiene usted que beberse a mi salud...

—Con mucho gusto, cheñor.

—¡Guarde, hombre!... ¡Tiene que beberse el contenido de esta garrafa!

Charfouillat miró a Taitailuile con una cara de estupefacción indescribible.

—¿Va en cherio?

—¡Hay que beberse la garrafa!

—¡Pero chi lo que contiene es agua, cheñor chreterario.

—Precisamente.

—¿Y me obligará usted a beber agua? ¡Oh, cheñor chreterario!

Y el borracho, ofendido e indignado, dirigió a Taitailuile una mirada llena de reproches. Luego, con tono brusco:

—Prefiero dormir en el calabozo—dijo.

Taitailuile afligido, hizo una señal y el guardia se llevó al beodo.

Por la mañana, cuando Charfouillat salía del encierro, Taitailuile—que durante la noche se había reprochado su dureza—le preguntó:

—¿Qué tal ha pasado la noche, amigo?

—Bien, gracias—respondió el auvernés con un dejo de frialdad—; pero tengo el cuerpo molido y no pude dormir: las tablas chon muy duras. Además, el verme mezclado entre ladrones, a mí, que choy un hombre honrado, me pone enfermo...

—Le hubiera ido mejor bebiéndose la garrafa—replicó dulcemente Taitailuile.

Charfouillat no se dignó contestar.

Y al domingo siguiente, Taitailuile volvió a verle en la comisaría:

—Observo, Charfouillat, que la lección no le hizo efecto. La intemperancia le conducirá siempre aquí.

—No es la intemperancia, chino los guindillas—respondió Charfouillat.

—No tengo más remedio que encerrarle otra vez.

Charfouillat hizo un gesto.

—A menos que no quiera beberse la garrafa.

Charfouillat se rascó la oreja.

—¡Vamos, pruebe usted!

—¿Y chi me pongo malo?

—No es para tanto!

Taitailuile llenó un gran vaso de agua al borracho, que lo cogió sin entusiasmo, lo miró, lo olió y, por último, se lo echó al coleto de un trago.

—¡Dios mío, qué mal chabel!—gritó.

—Ya se acostumbrará usted—dijo el buen Taitailuile dándole suelta.

A los ocho días, Charfouillat se presentó otra vez con la poderosa.

—¿Cómo!... ¿Usted todavía?

—Chi, cheñor; pero no me volveré

a ocurrir!... ¿Dónde está la garrafa?

Y al terminarse de beber el agua, con el rostro compungido de un niño que reza una plegaria para borrar un pecadillo, Charfouillat se marchó muy animado.

Sus visitas se espaciaron, y acabó por no volver a la comisaría. Taitailuile se frotaba las manos, dichoso por haber salvado a un bebedor incorregible y satisfecho de su buena acción.

Al cabo de algunos meses, se encontró en la calle a Charfouillat, con la nariz más rota que un capelo cardenalicio y el paso bastante inseguro.

Le llamó:

—¿Qué hay, amigo, ya no se emborrachará usted?

—Chi, cheñor—respondió placidamente el auvernés—; cholamente que lo hago en otro distrito.

M. V.



(De Péle Mêle, Paris.)

—Hay momentos en que es preferible ir a pie que en coche, ¿verdad?

BUEN HUMOR se vende en PUERTO RICO
LIBRERIA CAMPOS: Calle de Allén, 23

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe dirigirse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR

APARTADO 12.142

MADRID

A. V. R. Melilla.—Usted estará sirviendo al rey, pero a sus venos le sucede lo contrario: que no sirven.

Saturina. Barcelona.

Distinguido Saturina: debe usted ser un crímino. P. R. M. San Fernando.—Bien escrito el memorando que me envía, pero muy pobre de asunto y con un final harto frío. Todo esto ha determinado que nos veamos privados del inmenso y frenético placer de publicarlo.

AMADOR

FOTOGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13

Coke. Barcelona.—Es muy gracioso el principio de su camelinaria, pero según se sigue leyendo se ve que no sucede nada de particular y que la cosa concluye, no porque haya concluido sino porque hay una firma debajo y se acaba el papel. En suma, que nos ha dado usted un triste desenamorado como el señor P. R. M. (Cómo ha de ser! Paciencia, resignación y fraternidad!)

F. Muñoz. Vigo.—Es eso demasiado viejo y algo valedudinario. Y usted lo sabe tan bien como nosotros. Y crea usted que para cosas nuevas, ya tenemos bastante con la roya que nos cubre (o que pretende cubrirnos).

Licor del Polo en frascos elegantes, usan en la India hoy los elefantes... Y del mar en las líquidas regiones... Usan Pasta de Orive los domo-
JOH, animales sencillos, (nos-
bien cuáles vuestros clientes y col-
[mi los!]

Luis Jimeno. Madrid.—Los dibujos en limbo son dos, y ninguno bueno. J. Serrate. Málaga.—Llega usted muy tarde, carísimo y casi exorbitante. Lo que usted dice en sus versos, se ha dicho ya tantos millones de veces que sería una inanez pesadega repetirlo. Lo digo así hasta en Berlín, que dio al otro.

Madrasas de guerra.—Las soldadas, las anhelan, y por tanto, las piden con impetuosidad y algo impetuosa necesidad, los tres tercios, los tercios siguientes: Sargento Antonio Arión y soldado Sebastián Chicarra y Mateo Madroñero (los tres de Aviación Militar, Nador, Mé-

lilla); Pablo Herrezo, Juan Gutiérrez Díaz y Pedro Vezgo de la Corte (asilarlos los tres, Hospital Central, Ceuta); Enrique del Canello (sargento de Artillería, regimiento de Plaza y posición, Halaat, Melilla); Manuel Andra y José Lizaso (Batallón de Alumbardo en Campaña, Desfiladero de Agüa, Tetuán); José Hernández Calderón, José Pérez y Francisco Díaz Pastor (tres enormes legionarios, jóvenes, apuestos y enojados de pagar el nuevo impuesto sobre los soldres,

Bermúdez y Juan Rodríguez Fuentes (Oficinas de la circunscripción y plaza, Tetuán); Félix Navarro Serrano (Comandancia de Ingenieros, compañía de ferrocarriles, Drias,

ALBERTO RUIZ

JOVENIA.—CARRETERAS, 7

Pulseras de pedida.

A la presentación de este anuncio, se descuentan el 15 por 100.

Melilla); José Correa Jimarago (segunda compañía Depósito, Sidi-Guairach, Melilla); José Navarro Mariscal (base de hidroaviones, Atalayón, Melilla); Félix de Tineo y

Rón, Nador, Melilla); Gabriel Pinta de León (Tercio extranjero, Puente de Sidi Guairach, Melilla); José Domán Monitor (sargento de Regulares y hombre valeroso hasta el empuje extremo de no asustarse de la Vicaría, Hospital Docker, Melilla); Enrique Álvarez Cadenas, R. de Agüa y Agüar, Domingo Alegre

RAMOS Huertas, 7 duplicado. Teléfono 570-M.

Peluquería de señoras. Bisbros para caballeros. Oculación. Manicura. Perfumería.

y Fermín Petit (los cuatro de Regulares de Alhucenas, tercer tabo, Tafersal, Melilla); Armando Alvarez, Placencia Martín, José Rivera, Juan González, Leandro Bada y Juan Vatera (seis heroicos fenómenos, perfiles pertenecientes al Grupo de Regulares de Alhucenas, primer tabo, Tafersal, Melilla), y, finalmente (por hoy, porque nos sigue quedando el rol), Narciso Coronado Gómez, Antonio García Sánchez y Mariano Avila Cuesta (Aviación Militar, primer Grupo Escudaderas de Marracos, Tetuán).

CASA JIMÉNEZ

Aparatos fotográficos

Primera casa en España

Preciados, 60

Judas chiquito. Olazagutia.—¿Itz usted un enormísimo poeta, si, señor? Y su intervención armada en la poesía, es bastante segura de que va a traer una revolución en los procedimientos estéticos y varios desórdenes además. No debemos, pues, negarnos de ninguna manera a publicar por lo menos una de sus series formidables creaciones, en la absoluta certeza de que nuestros lectores sabrán apreciar su valor innovador y su inspiración apabullante.

Dice así su luminosa rima:

A MI NOVIA

Impulsos de corazón bien aligido me obligan a seguirle en tu camino, con el tiempo me daré a un lado y me entregaré con fruición al vino. Así, amada, olvidaré tu señuelo poniendo en la laguna la vida, y arrojando mi vida por el suelo, arde mi perdición, foma nota. Escuché, querida, mi gresnido, no lo digo en mal sentido. Sé fiel, buena y constante y me tendré por amante. No un año ni dos ni tres sino hasta que duren mis pies.

Judas Chiquito

De lo único que nos afremos a prostrar es del asqueroso, ¡judas! que va ser Judas chiquito... Usted, con la poesía, es en Judas tan grande como el trece trece de Valencas a las Islas Filipinas.

Si quiere (estar muy majas, leer cosas de buen sentido, etc.) no existen coras ni fajas, como los de Casa Presa.

Sostén pechos "ideal" Fuencarral, 72. Tel. 48-60 M.



YA NO HAY CANAS
JUVENTUD
PERPETUA

L'ORÉAL

TINTURA INOFENSIVA PARA EL CADEILLO

EN PERFUMERÍAS Y DROGUERÍAS

CONCESIONARIO:

PEDRO SUÑER

Sicilia, 29.-BARCELONA

Tercio extranjero, segunda bandera, sexta compañía de ametralladoras, Lázche); P. Angel Calvel (cosa seria, temiente de intendencia, 13ª Compañía de Automóviles, Tetuán); A. de G. y Capilla (batallón expedicionario Jefe, Tetuán); Jesús (batallón Valedol, tren regular, Nador); Juan González Gigeres (regulares de Alhucenas, compañía de ametralladoras, segundo tabo, Tafersal, Melilla); Antonio Pascual (alférez del batallón Arapias, Tetuán); Francisco Vázquez de

Bailly, Juan Jorana y Antonio Cleamir (los tres en la Comandancia de Tetuán, Marruecos); Ramón Pérez (primero de Artillería de Monta-

MANTONES DE MANILA

Alhajas, gramófonos, discos. Compró, vendió, cambió.

LA NUEVA MERCANTIL

Piazza Matute, 6 duplicado.

Cesáreo Alonso

Ortopedico del Hospital Militar y del Instituto Rubio.

Talleres propios. Precios económicos.

Fuencarral, 104. Tel. 405 I.

sa, cuarta batería, Alcazarquivir, Larache); Antonio Molina (Fuerzas Regulares Indígenas de Meilla, Expedicionarios del primer tabo, Dar-Quebani, Meilla); Leopoldo del Valle Méndez (Grupo de Regulares de Alhucenas, Sección de Exploración, Tafersal, Melilla); Pedro Hernández Fernández (batallón expedicionario Valedol, cabo de la primera compañía del primer batá-

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte, aunque el publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indicarse: «Para el Concurso de chistes».

Concederemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos inmenso advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

—Chico, con este calor no tengo apetito.

—¿Por qué no tomas un reconstituyente?

—Porque no me da la gana.

Pedro Vizcaino.—Melilla.

El juez.—Queda convenido que este señor fué a su casa a comprar un traje y usted, sin motivo alguno, le hizo una burla en la cara. El acusado.—El tuvo la culpa, señor juez, por haberme dicho que le diere un corte.

G. C. M.—Albacete.

Maldición gitana. Una gitana pide limosna al dueño de un estanque, y como la dueña de allí de mala forma, dice la gitana: —Anda t'ahí, desabrido, y quiera Dios que te vuelvan hembra todos los algarinos que tienes en la tienda y que no dejen de cantar hasta que te vuelvas loco.

Pedro Sorio.—Madrid

El ordenanza de una prisión dice a un recluso de la misma, que está encerrado en chiquero colabado, que si quiere comprar periódicos. El recluso.—Si, tomaré El Sol. A lo que el ordenanza replicó: —¡Imposible! Pues para tomar el sol, necesite primero que le den La Libertad.

G. Duque.—Compostela.

—¿Cómo se debería llamar un arquitecto? —Pues Armando Cesas.

Antonio Fernández.—Orense.

Los cinturones y los reclusos en un correccional, ¿en qué se parecen? —En que se meten en la cara...

José L. Campos.—Coruña.

Receta para no sentir calor en el mes de julio. Tomará diez duros.

Comprará con ellos un billete de lotería.

Si te toca el gordo, te vas a Rusia. Y si no te toca, ya estás fresco. Agapito de Murcia.

—¿En qué se parecen las cintas de los calzoncillos a los calzoncillos? —En que te cuegan cuando menos te piensas.

F. Esteban.—Zaragoza.

—¿De qué llenaremos una jarra de metal para que se pique? —De improprios.

C. C. Pescador.

seguiría para hacer un viaje al ceto de Buena Esperanza.

—Ante todo, me iría a Barcelona.

—¿Y después?

—Me embarcaría tranquilamente, confiando en el capitán del buque, que conoce el camino mejor que yo. Blanco.—Barcelona.

—¿Cuál es el foro más barato?

—El foro... a 0,65.

El Duque de Chamberi.

—¿Y con qué cuenta usted para casarse con mi hija?

—Pues... selgo por diez duros diarios.

—Muy bien, me parece muy bonito destino.

—Si, señora; selgo por diez duros, pero nunca los encuentro.

A. Díez Jaqueria.

Final de un discurso fúnebre.

«Señores, el amigo a quien acabamos de enterrar me debia diez duros. A fin de que su memoria quede en el mancha, propongo a ustedes que hagamos una suscripción para pagar esa deuda».

José Luis Jubera.—Madrid.

nimidad, la adquisición de una góndola, que, a la par que adorna el lago que el parque tenía, sirviese para recreo de los niños, cuando un concejal pidió la palabra: —Estoy conforme conque se compre y se góndola, pero sería mejor comprar macho y hembra para que se reproduzcan.

Una morena.—Valladolid.



—¿Cuáles son las fábricas más sucias?

—Las de vidrio, porque están llenas de manchones.

Vinci.

En una capital de provincia se iba a representar una obra teatral y todas las localidades se habían vendido. Unas horas antes de la función se puso enfermo el apunador, y el director de la compañía, decía a sus compañeros:

—Vaya un compromiso y una pérdida que nos ocasiona el tener que suspender la función! ¿Qué hacemos?

Y contestó el actor cómico: —Yo creo que lo mejor que podemos hacer es cambiar la hora de la

CASA VEGUILLAS COMPRA Y VENTA

La que más paga las papeletas del Monte, alhajas, máquinas de escribir y fotográficas. Pianos. Pianolas. Objetos de arte. Mantones de Manila y mantillas de encaje.

Leganitos, 1 y Torija, 2. Sucursal: Infantas, 26.

—Si a una señora obesa le dan un revolver, ¿qué ocurrirá?

—Que se arma la gorda.

Uno de la provincia de Guadalajara.

Piropo.

—¡Preciosa! ¡Por usted sería yo capaz de echarle la zancadilla a un autobús!

¿Chistoso?—Madrid.

—¿En qué se parece el aguinaldo del soldado a un tren torito?

—En que es corto y llega tarde.

Quince y medio.—Alhucemas.

Examen de Geografía.

—Trácame usted el itinerario que

¡Qué duda cabe!

Lin adiccionado a foros, decía en voz alta, ante una pena de amigos:

—Tres espadas he conocido yo, que no he habido toro que los ligase: un sevillano, un cordobés y un «xalor».

—El «xalor», Pastor, como si lo vieras—adujo un contertulio.

No, señor—opuso aquel—; el «xalor», Mallá.

Melita S. Rodríguez.

En una sesión de un Ayuntamiento tratabase de embellecer el hermoso parque de la ciudad, introduciendo en él las mejoras necesarias al efecto.

Habíase acordado, casi por una



Agua RADIIUM

TINTURA PARA EL PELO
Con una sola aplicación se logran
— matices permanentes —

CORTÉS, HERMANOS.—BARCELONA



representación: en vez de a los ocho de la noche la anunciación para la sala de la m. Bana y... apunta la aurora.

Enrique Sorio.—Madrid.

ARTES DE LA ILUSTRACIÓN
Provisiones, 12.

CRESPO Montera, 22
(frente a S. Luis)
Trabajos de imprenta artísticos
Terjetas en el acto, papelería,
Objetos de escritorio, devociona-
rios, etc.

G. ULLASTRES
Contadores para agua de todos
los sistemas. Contadores divi-
sionarios.
Castanilla de los Angeles, 2



—Supongo que su marido se habrá alegrado de su regreso.
—¡Ya lo creo! Dice que la casa parecía vacía sin mí.
(De London Mail, de Londres.)

CASA APARICIO
Calle Recoletos, 2 cuadruplica-
do y Hortaleza, 51. Tel. 16 55 J.
y 15 93. M. Muebles de lujo.
Descuento 2 % presentando
anuncio.

FILICALIA Orquería-Perfumería
Art. calos limpieza.
Perrans VI, 16. Tel. 45-22-M
Agua mineral. Esencias y
granel. Precios económicos.

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE
VIUDA DE CELESTINO SOLANO
Primera marca mundial **LOGROÑO**

INDRA PERLA
LA CASA MÁS SURTIDA
AL TODO DE OCASIÓN
FUENCARRAL, 45



LIBROS PARA REIR, DE LUIS ESTESO
A 1 pta. Tres novelas alegres. 300 chistes nuevos.
Para que rían las mujeres. Animales caneros. A 2 ptas.
Chistes y cuentos, 80 cosas. Chistes malos y de ustedes,
400 cosas. Cincuenta monólogos verdaderos. Conferencias,
parodias y humorismo. La sala del crimen y La que todo
lo dió. Novelas. Teatro fácil. 16 comedias, 4 pías. La va-
guerista, novela. La luteria, novela. Novelas y monólo-
gos escogidos. Viales por España. Pedidos: LUIS SAN-
TOS Cereales, 9 Madrid. Envíos contra reembolso.

ALHAJAS
Se compran para casa extranjera, pagándolas esplén-
didamente. Puerta del Sol, 11 y 12, segundo derecha.
Hay ascensor.

PARIS y BERLIN
Gran premio
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejes engañar,
y exijan siempre es-
ta marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza. Tiene fama mundial por
ser el único inofensivo y
que quita en el acto el vello y pelo de la cara, bra-
zos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio
para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único
que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter
Basta una sola aplicación para
que desaparezcan las canas.
Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices per-
fectamente naturales e inalterables. Pídanla negro,
castaño oscuro, castaño natural, castaño claro,
rubio. Es la mejor, más práctica y más económica.

Angelical Cutis LÍQUIDO (blanco o rosado). Este pro-
ducto, completamente inofensivo, da al
cutis blancura fina y finura envidiables, sin necesidad de em-
plear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen
las imperfecciones del rostro (rojeces, manchas, rostros gra-
nulinos, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado
perfume.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los
calvos, por rebeldes que sea la calvicie.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el se-
creto de la mujer y del hombre para re-
juvenecer su cutis. Recobran los rostros marchitos o envele-
cidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran



poder reconocido para hacer desaparecer las arru-
gas, granos, barros, asperezas, etc. Da firmeza y
desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente
inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o
en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDRO-
LINA. Es la reina de
las cremas. Complacé a la persona más exigente. Re-
juvenece, embellece y conserva el rostro, y, en ge-
neral, todo el cutis de manera admirable. En seguida
de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obte-
niendo el cutis gran finura, hermosa y juvenil.

LA CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garan-
tizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan
perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza,
y es completamente inofensiva. Prepara da a base de italiana
pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS
A base de nogal. Bastan unas gotas durante seis días para
que desaparezcan las canas, devolviéndolas al color primi-
tivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos ve-
ces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin fe-
rirlas, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los her-
péticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo
que el ron quina.

**DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América.—Canarias: droguerías
de A. Espinosa.—Habana: droguería de Sará, Teniente Rey, 41.**

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva; MANZANERA, Independencia, 886	
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12
Número suello.....	25 centavos

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Plaza del Ángel, 5.—MADRID
APARTADO 12.142

LA PAQUITA

NUEVA FÁBRICA DE PAPEL CONTINUO

DE

BALBINO CERRADA

41. ANTONIO LOPEZ, 41

TELÉFONO 23-33 M.

(A CINCO MINUTOS DEL PUENTE DE TOLEDO)

MADRID

SE FABRICA TODA CLASE DE PAPELES DE EDICIÓN, SATINADOS FINOS,
DIBUJOS, ESCRIBIR, ETC.

ALMACÉN: Plaza del Matute, 6. Teléfono 50-05 M

BUEN HUMOR



Dib. TERES.—Madrid.

- ¡Yo no he tenido la suerte de tener hijos!
—Debe ser cosa de familia. Su madre tampoco los tuvo. ¿Verdad?

Ayuntamiento de Madrid